

LP 06/01/1959, 8

Los Festivales y una Voz Disonante

por Sebastián Salazar Bondy

En su habitual columna de "La Tribuna", el doctor Luis Alberto Sánchez se ha ocupado de los "festivales del libro" que, desde hace dos años, constituyen el más notable fenómeno cultural peruano, cuya resonancia continental ha sido un generoso reconocimiento al esfuerzo de los promotores y los realizadores de tales experiencias editoriales. La voz del doctor Sánchez es, a propósito y conforme su propia confesión, disonante, lo que quiere decir, en pocas palabras, que no cree en la originalidad del sistema, ni en la realidad de su éxito, ni en el beneficio intelectual de sus efectos. Sus objeciones, que son, en síntesis, cinco, lo proclaman así. El cronista, sin embargo, considera que el brillante profesor universitario, el ágil crítico, el elegante escritor, el activo suscitador de inquietudes, se equivoca. Con todo respeto a su inteligencia y sus conocimientos, van expuestas enseguida las razones de esta última opinión.

Dice el doctor Sánchez que "no está probado que un porcentaje apreciable de los libros editados en serie y a corto precio sean realmente leídos". Para él, en vista de la veledad del coleccionismo y de la "novelería" del ambiente, no más de un diez por ciento de los compradores son de veras lectores. La cifra es arbitraria: ¿por qué un diez y no un cinco o un cincuenta? Mientras ese cálculo no se apoye en una encuesta o "survey", toda conjetura es decididamente caprichosa.

Afirma el doctor Sánchez que las fallas en una edición, en vez de estimular la cultura, la paralizan. ¿No es esto terriblemente exagerado? ¿La falta de un índice, paraliza la cultura? ¿La carencia de información bibliográfica sobre un autor, paraliza la cultura? ¿Una carátula mal impresa, paraliza la cultura? Debemos aspirar, claro, a que los libros económicos tengan una dignidad gráfica mínima y que los textos aparezcan acompañados de los indispensables elementos auxiliares para su mejor lectura, pero no podemos condenar todo

un movimiento editorial porque hay libros con erratas o errores.

El doctor Sánchez lamenta que en las colecciones se considere siempre (¿siempre?) un autor perteneciente a la redacción de cada "gran diario", según él para contar con la publicidad suficiente, sacrificando en ello a escritores en conflicto con esas publicaciones. Otro



juicio ligero. ¿Alguno de los libros que han hecho pensar aquello al doctor Sánchez son indignos de figurar en alguna de las colecciones? ¿Son trabajos sin valor alguno? Es lamentable, sí, que Orrego, a quien él cita, no haya sido publicado, pero otros nombres, de jóvenes o mayores, ¿acaso, por pertenecer a un "gran diario", no merecen una oportunidad como escritores? El propio doctor Sánchez falta en alguna de estas series, lo reconoce el

articulista, pero están en ellas López Albújar, Basadre, Arguedas, Valcárcel, Alegría, Vallejo, etc., para sólo mencionar unos cuantos de los indiscutiblemente importantes.

En cuanto a la retribución económica al autor, ¿por qué destacar en una nota de comentario precisamente a los editores que no han recompensado con justicia al escritor? El que esto firma ha entregado tres libros a tres de las colecciones populares, y en todas las oportunidades ha recibido completo, y oportunamente, el monto de sus derechos, de acuerdo a las normas internacionales sobre propiedad intelectual. Y lo mismo ha sucedido con la mayoría de los escritores publicados o sus herederos. Si ha habido o hay corsarios, como les llama el doctor Sánchez, es necesario denunciarlos con sus nombres y no involucrar en una engañosa sentencia general a los honestos y esforzados pioneros de la industria editorial peruana.

Lástima que el doctor Sánchez, a quien tanto debe la cultura peruana, sea en este tema la voz disonante, él que tiene tanta audiencia aquí y en el exterior. Las cosas, no obstante su análisis, son de modo diferente, y los "festivales del libro", con todos sus defectos, constituyen en verdad un "soberano impulso a la cultura". Debemos aplaudirlos y estimularlos, pues ver en ellos lo que no hay (y, si lo hay, carece de trascendencia) tiene el aspecto de lo que los norteamericanos llaman un "wistful thinking". El afán de "perfeccionismo" a ultranza es contraproducente: suele detener las energías antes de que obren y creen.